



LA PINTURA DE ALFONSO RAMIL

Estoy convencido: la pintura es para mirarla, no para hablar de ella.

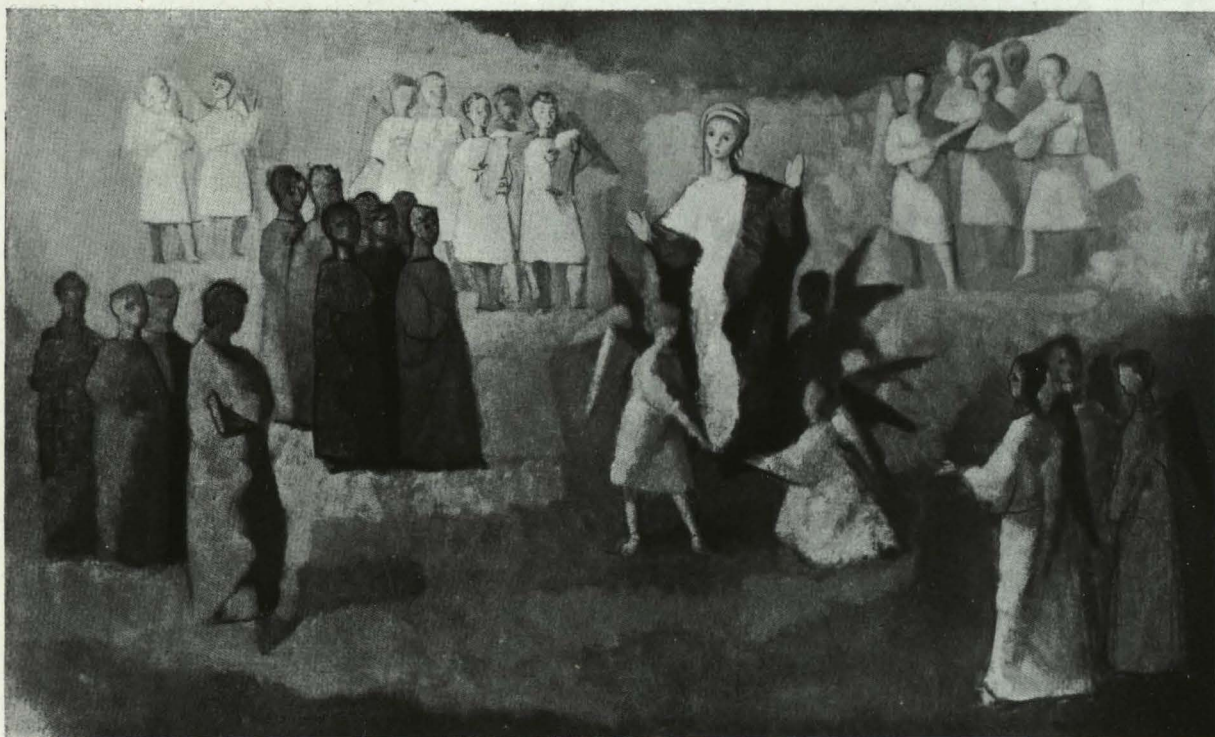
Se dice, se escribe, se "entiende", se opina...; ponderaciones, discusiones: mucho parloteo. Y no. No consiste en pensarlo demasiado: criterios, conceptos, teorías... Que el arte no se para en esas menudencias. Cualquier manifestación artística noble es, sobre todo, algo que siempre tiene razón: es "porque sí", y basta.

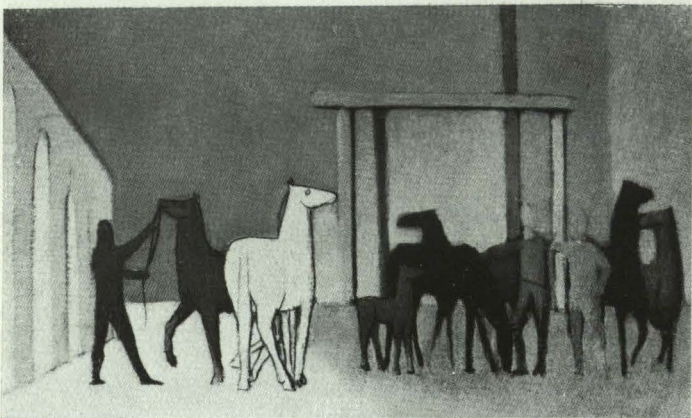
La obra de arte es sólo "porque sí". Parece que no pretende nada; como si no le interesara explicar nada; que no tiene mucho que contarnos.

Pone por delante de nosotros la gracia de sus juegos para divertirnos los ojos. Pero únicamente se iluminarán los que tengan ojos para ver, los que tengan oídos para oír, los que tengan un poco de corazón fuerte—que siempre hace falta—para "comprender".

Se dice suficientemente: "Esto es bueno, esto es muy bueno." Y ¿qué es lo bueno en arte? Algo especial, indefinible, nada concreto, que hace que determinada obra atraiga "nuestro interés" y la convierta en universal.

"¿Por qué esto es bueno?", se preguntan muchos ante una creación feliz de cualquier tipo. Entonces es cuando debe mirarse lo que tiene de valores técnicos resueltos: composición, armonía de masas y colores, ejecución, conjunto, elección de categorías; ver que su autor ha realizado





como un pequeño invento, ha descubierto algo, ha tenido un acierto (porque también la inspiración existe), ha puesto sus ojos a una altura nueva, desde la cual ha sabido mirar bien y con los ojos suyos.

Un pintor puede pintar las cosas como son. Un pintor puede pintar las cosas como se ven. Un pintor puede pintar las cosas como él quiere que las cosas sean. Este es el que mira con sus propios ojos, el que mira con su corazón; él tiene ojos personales. Y además de mirar con los ojos suyos, mira bien.

Por eso, ¿luz para todos los ojos? Infórmense, adquieran, miren—miren mucho—y sientan y vivan las obras. El criterio en arte, sobre todo, es intuición; intuición unida a leyes—lo técnico—y a experiencia personal—de hoy y de antes—. De todas maneras, el que está en mejores condiciones para tocar bien la flauta es el flautista. Juan Ramón Giménez ha dicho: “No creo en ningún caso en un arte para la mayoría. Ni importa que la minoría entienda del todo el arte; basta con que se llene de su honda emanación.”

Pintura mural y pintura de caballete.

En la pared, la pintura especialmente es pintura para... Esta clase de pintura tiene ese sentido de servicio; ha de ser pintura

funcional: "Para que se esté bien allí."

La pintura de caballete, más libre; pero, a pesar de todo, cada cuadro es un caso, un problema nuevo y distinto: una risa para cada rostro, y luego... "cada alma en su armario".

Y ahora unas características generales, a manera de valores, de categorías:

Naturalidad. Lo que hace que ni la obra ni sus elementos nos produzcan extrañeza.

Sobre "buen gusto" sólo se me ocurre que es de buen gusto el tenerlo. Lo elegante no es necesario. Pero es amable.

De lo gracioso.

Atractivo, simpatía, sorpresa; algo que encanta en un instante y deja luego una sonrisa en el alma, hasta que se funde de nuevo con la normalidad.

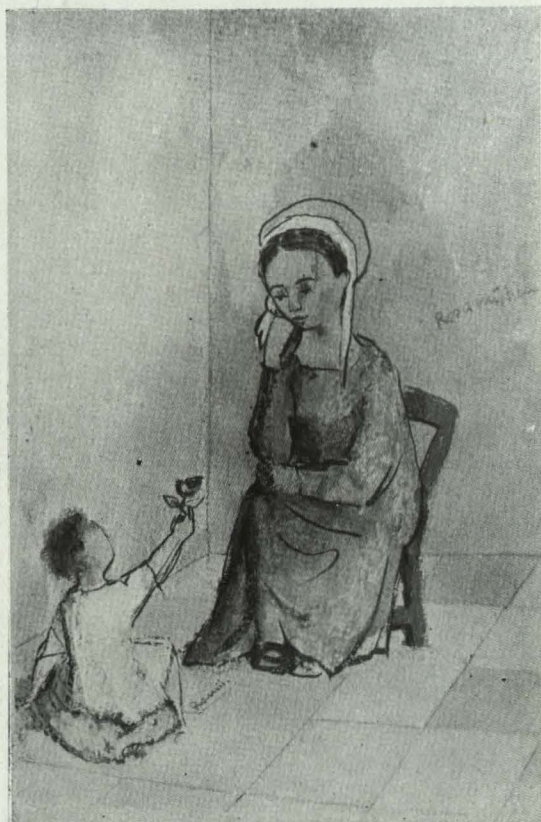
Sobre lo nuevo.

Esto que se mira tanto hoy: lo actual.

Y, efectivamente, para que una obra sea auténtica, también ha de ser actual. Tenemos que mirar "lo nuestro", y con los ojos que tenemos hoy.

Lo nuevo es lo que estamos viviendo. Lo que todavía no es, lo que estamos haciendo. Lo que empieza; el principio, "la mancha"—que decimos—: un cuadro bien "manchado" tiene ya las perfecciones esenciales, y de manera espontánea.

Lo nuevo tiene una manera de torpeza



que es encantadora, como "de niño": él confunde las luces de la calle con las estrellas, y no le importa. Lo nuevo auténtico es torpe, y de este no saberlo todo aun toma el valor de lo ingenuo.

Simplicidad.

La mirada que sale de los ojos del niño es sencillez. Simplicidad es claridad, luz, cielo azul. Línea recta, visión diáfana. Un solo pensamiento, siempre el mismo, y una inteligencia que sea una simple mirada.

Para llegar a la plena luz, abstraemos de la idea todo lo superfluo y lo que la complica, lo que no tiene vida. La simplicidad en un acto o en una obra exige lo conseguido con los menos elementos posibles. Nace con naturalidad al tratar de unir y dejar bien clara la idea después de un análisis a fondo; está todo y, además, no le sobra nada. Si está bien, ¿para qué más?

Sólo por esta abstracción y fijación de claridades llegamos a nuestra síntesis, a ese mediodía, a esa luz, a los ojos del niño.

Y es que en nuestra vida vamos a..., estamos siempre, siempre, en camino hacia...; y en este ir antes de haber llegado, en este trozo de crecimiento, en este movimiento-marcha, está precisamente el centro de las vivencias reales aquí. Que si fuese término,



no sería humano. Por eso el arte nace de ahí: de ese amable fluir de certezas todavía segundas.

El "eso", lo bueno en arte, se caracteriza porque no explica, no habla; juega únicamente. Y juega sólo por jugar; su trascendencia es el juego—lo bueno es bueno nada más—. Está ahí—en la obra—para vosotros, para que la viváis, para que miréis su juego.

